

LA TESIS

PERIÓDICO CATÓLICO

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN

Libreros, 26, principal, donde se dirigirá toda la correspondencia no administrativa.

ADMINISTRACIÓN

Libreros, 34, donde se dirigirán los pagos, reclamaciones y anuncios.

ANUNCIOS Y COMUNICADOS A PRECIOS CONVENCIONALES

SE PUBLICA MIÉRCOLES Y SÁBADOS

PRECIOS DE SUSCRICION

| | | Ptas. | Cts |
|--------------------------------|-----------------------|-------|-----|
| En España. | Un trimestre. | 3 | » |
| | Un semestre. | 5 | » |
| Ultramar y extranjero. | Un trimestre. | 6 | » |
| | Un año. | 20 | » |

LA TESIS

Salamanca 11 de Julio de 1885.

Suscripción para celebrar el triunfo del Obispo de Plasencia, propagar su pastoral, la del Obispo de Osma, etc.

| | Reales. |
|------------------------|------------|
| Suma anterior. | 827 |
| J. D. R. | 10 |
| Total. | 837 |

Suscripción en beneficio del pueblo de Parada de Rubiales.

| | Reales. |
|------------------------|-----------|
| Suma anterior. | 81 |
| J. D. R. | 4 |
| Total. | 85 |

DISCURSO DE SU SANTIDAD

AL COMITÉ ROMANO DE SAN GREGORIO VII

Conmovidó aún por el filial homenaje que recientemente Nós dirigieron los representantes de la obra de los Congresos católicos venidos á Roma desde muchos puntos de Italia, acogemos hoy también el vuestro, carísimos hijos, con igual complacencia. Como á aquéllos, os impulsa el deseo de honrar en Nós, y con Nós al invicto Pontífice cuya centenaria conmemoración acaba de ser celebrada aquí en Roma por impulso de vuestro celo. Justo era que la memoria de Gregorio VII fuese particularmente festejada en esta egregia ciudad, de la cual fué una de las glorias más grandes. Pues desde el momento en que Él fué elevado á la tiara pontificia en medio de las unánimes aclamaciones del clero y del pueblo romano, más viva irradió, desde Roma sobre Europa, la eficacia de su celo apostólico, la maravillosa fuerza de su génio, la luz esplendísimas de sus virtudes. En su tiempo tuvieron lugar muchas conciliares asambleas, de donde salieron aquellas sapientísimas disposiciones que devolvieron su esplendor al clero y su vigor á la disciplina eclesiástica. Entonces tomaron forma y vida sus altas concepciones maduradas en la quietud del claustro, para infundir de nuevo en la sociedad la virtud regeneradora del cristianismo. Desde entonces data la incesante lucha para emancipar á la Santa Sede de las injustas pretensiones de las potestades terrenas, lucha memorable que produjo á su tiempo en el orden político, preciosísimos frutos.

Pero antes de que esto fuese obtenido, ¡qué série de procelosas vicisitudes, y sigularmente, cuántas artes puestas por obra de la prepotente iniquidad para hacer vacilar la fidelidad de los romanos! Pero cuanto mayor fué el peligro, no escucharon vuestros padres otra voz que las de la conciencia y el afecto; y por eso permanecerá siempre memorable y bendito aquel vigoroso im-

pulso de piedad recordado por vosotros poco hace, que les trazó de común acuerdo el procedimiento para libertad al Pontífice prisionero. Ellos hicieron escudo de su propio pecho para la defensa de su Padre común, y restituyéndole triunfalmente á la violada Basilica, protestaron con este hecho que la prisión del Papa no podía conciliarse con la libertad del pueblo.

¡Pluguiera al cielo que todos hubiesen perseverado igual y constantemente en aquella unanimidad de propósitos, y que hubieran permanecido siempre inaccesibles á las seducciones del enemigo! Hubieran ahorrado á esta ciudad los horrores de hostiles invasiones; ó, ciertamente, hubieran compartido con su padre la gloria de haber padecido hasta el fin por la justicia.

Corrieron otros siglos, y los afortunados tiempos de Hildebrando se renovaron bajo otro aspecto, poniendo frecuentemente á prueba los sentimientos de Roma hácia sus Pontífices. Por no hablar más que de hechos recientes, Savona y Gaeta recuerdan las luctuosas jornadas que arrojaron á Pío VII de su Silla, y obligaron á Pío IX á abandonar á Roma. Pero en ambos casos se vió cómo la devoción al Vicario de Jesucristo tenía en esta metrópoli las más profundas raíces; y las espléndidas demostraciones de obsequio con que fueron acogidos á su vuelta el Desterrado y el Prisionero, se registrarán para eterna y gloriosa memoria en la historia de Roma.

Pero no son, preciso es reconocerlo, á la hora presente, menos grandes los peligros, ni menos numerosas las insidias de potentes enemigos. El medio mejor de cansarles y el que conviene, carísimos hijos, ahora más que nunca, es redoblar la vigilancia, y sobre todo, como Nós hemos declarado en un reciente documento, estar unidos en la plena y estricta sumisión á esta Sede Apostólica, la cual ha recibido de Dios el mandato de iluminar y guiar vuestros pasos á la salvación. Y por eso ahora Nós de una manera particular os recomendamos os abstengáis de toda discordia, fecunda siempre para el mal, estéril siempre para el bien. Porque á la santa y noble causa virilmente sostenida por Gregorio VII, nada puede dañar más que la desunión de los espíritus y la ira de las facciones. Sin esto, menos fatigoso sería el combate y más expedita y fácil la victoria.

¡Quiera el Señor mantener en vosotros y acrecentar con su gracia este debido espíritu de docilidad y de concordia fraternal, y concederos también sus más escogidos favores!

EL LIBERALISMO ES PECADO

V

DE LOS DIFERENTES GRADOS QUE PUEDE HABER Y HAY DENTRO DE LA UNIDAD ESPECÍFICA DEL LIBERALISMO.

El Liberalismo, como sistema de doctrinas, puede apellidarse *escuela*; como organización de adeptos para difundirlas y propagarlas, *secta*; como agrupación de hombres dedicados á hacerlas pre-

valecer en la esfera del derecho público, *partido*. Pero ya se considere al Liberalismo como escuela, ya como secta, ya como partido, ofrece dentro de su unidad lógica y específica, varios grados ó matices que conviene al teólogo cristiano estudiar y exponer.

Ante todo conviene hacer notar que el Liberalismo es uno, es decir, constituye un organismo de errores, perfecta y lógicamente encadenados, motivo por el cual se le llama *sistema*. En efecto; partiendo en él del principio fundamental de que el hombre y la sociedad son perfectamente autónomos ó libres, con absoluta independencia de todo otro criterio natural ó sobrenatural que no sea el suyo propio, síguese por una perfecta ilación de consecuencias, todo lo que en nombre de él proclama la demagogia más avanzada.

La Revolución nada tiene de grande sino su inflexible lógica. Hasta los actos más despóticos que ejecuta en nombre de la libertad y que á primera vista tachamos todos de monstruosas inconsecuencias, obedecen á una lógica altísima y superior. Porque reconociendo la sociedad por única ley social, el criterio de los más sin otra norma ó regulador, ¿cómo puede negarse perfecto derecho al Estado para cometer cualquier atropello contra la Iglesia siempre y cuando, según aquel su único criterio social, sea conveniente cometerlo? Admitido que los más son los que tienen siempre razón, queda admitida por ende como única ley la del más fuerte, y por tanto muy lógicamente se puede llegar hasta la última brutalidad.

Mas á pesar de esta unidad lógica del sistema, los hombres no son lógicos siempre, y esto produce dentro de aquella unidad la más asombrosa variedad ó gradación de tintas. Las doctrinas se derivan, necesariamente y por su propia virtud, unas de otras; pero los hombres son por lo común ilógicos é inconsecuentes.

Los hombres, llevando hasta sus últimas consecuencias sus principios, serían todos santos cuando sus principios fuesen buenos, y serían todos demonios del infierno cuando sus principios fuesen malos. La inconsecuencia es la que hace de los hombres buenos y de los malos, buenos á medias y malos no rematados.

Aplicando estas reflexiones al asunto presente del Liberalismo, diremos: que liberales completos se encuentran relativamente pocos, gracias á Dios; lo cual no obsta para que los más, aun sin haber llegado al último límite de depravación liberal, sean verdaderos liberales, es decir, verdaderos discípulos ó partidarios ó sectarios del Liberalismo, según que el Liberalismo se considere como escuela, secta ó partido.

Examinemos estas variedades de la familia liberal.

Hay liberales, que aceptan los principios, pero rehuyen las consecuencias, á lo menos las más crudas y extremadas. Otros aceptan alguna que otra consecuencia ó aplicación que les halaga, pero haciéndose los escrupulosos en aceptar radicalmente los principios. Quisieran unos el Libe-

DEPOSITO LEGAL

ralismo aplicado tan sólo á la enseñanza; otros á la economía civil; otros tan sólo á las formas políticas. Sólo los más avanzados predicán su natural aplicación á todo y para todo.

Las atenuaciones y mutilaciones del credo liberal son tantas cuantos son los intereses por su aplicación perjudicados ó favorecidos; pues generalmente existe el error de creer que el hombre piensa con la inteligencia, cuando lo usual es que piense con el corazón y aun muchas veces con el estómago.

De aquí los diferentes partidos liberales que pregonan liberalismo de tantos ó cuantos grados, cómo expende el tabernero el aguardiente de tantos ó cuantos grados á gusto del consumidor. De aquí que no haya liberal para quien su vecino más avanzado no sea un brutal demagogo, ó su vecino menos avanzado un furibundo reaccionario. Es asunto de escala alcohólica y nada más. Pero así los que mojigatadamente bautizaron en Cádiz su liberalismo con la invocación de la Santísima Trinidad como los que en estos últimos tiempos le han puesto por emblema ¡guerra á Dios! están dentro de tal escala liberal, y la prueba es que todos aceptan, y en caso apurado invocan, este común denominador. El criterio liberal ó independiente es uno de ellos, aunque sean en cada cual más ó menos acentuadas las aplicaciones. ¿De qué depende esta mayor ó menor acentuación? De los intereses muchas veces; del temperamento no pocas; de ciertos lastres de educación que impiden á unos tomar el paso precipitado que toman otros; de respetos humanos tal vez ó de consideraciones de familia; de relaciones y amistades contraídas, etc., etc.

Sin contar la táctica satánica, que á veces aconseja al hombre no extremar una idea para no alarmar, y para lograr hacerla más viable y pasadera; la cual, sin juicio temerario, se puede afirmar de ciertos liberales conservadores, en los cuales lo conservador no suele ser más que la máscara ó envoltura del franco demagogo. Mas en la generalidad de los liberales á medias, la caridad puede suponer cierta dosis de candor y de natural *bonhomie* ó bobería, que si no los hace del todo irresponsables, como diremos después, obliga no obstante á que se les tenga alguna compasión.

Quedamos, pues, curioso lector, en que el Liberalismo es uno solo; pero liberales los hay, como el mal vino, de diferente color y sabor.

F. S. Y S.

RETAZO PARLAMENTARIO

El debate político en el que han andado á la greña ministeriales y oposiciones ha originado un curioso incidente, del cual creemos oportuno levantar acta, á fin de que amigos y adversarios conozcan á lo largo, á lo ancho y á lo profundo toda la *frescura* del Ministro hipotético.

Muestras harto elocuentes tiene ya dadas el Sr. Pidal de su osadía, intemperancias y atrevimientos; pero como la que nos ocupa en la ocasión actual, no conocemos otra mayor y que más al desnudo presente toda la enemiga que el Ministro de Fomento tiene á los íntegros y odio tan feroz y tan insaciable, que sin quererlo S. E. palpita y se trasluce como la única nota dominante en su desdichada y aciaga política para los intereses de la Religión y de la patria.

En la sesión que celebró el Congreso de los Diputados el 6 de los corrientes, decía el Sr. Castelar que en España no ha habido ningún período que pueda llamarse ultramontano, ni aun en los tiempos de Isabel la Católica y Felipe II, y que era preciso que viniese este Gobierno, y con este Gobierno el Sr. Pidal, para que el ultramontanismo existiera, haciendo al Emmo. Jacobini fiscal de imprenta y árbitro de la política española al Nuncio.

¿Qué entenderá por ultramontanismo el señor Castelar?

Pero esto nada nos importa ahora. El caso es que á D. Alejandro le escarabajearon en el cuerpo las palabras del *canoro ruseñor* posibilista, y

medio airado y medio complacido por oírse llamar *ultramontano*, replicó con estas ó parecidas palabras, que copiamos del *Extracto* de un periódico:

«Parece mentira que el Sr. Castelar me haya lanzado las acusaciones que me lanzó por mi ultramontanismo (?) diciendo que había hecho más que reyes católicos y Papas, sólo porque he conseguido que el Papa León XIII censurase la conducta de los Obispos y la del Sr. Nocedal en *El Siglo Futuro*.»

¿Qué desdichado es el Sr. Pidal!

Pero vamos por partes; únicamente al Sr. Castelar, hegeliano de guardarropia que dice finito á lo infinito y negro á lo blanco y eterno á lo perecedero, puede ocurrírsele decir ultramontano á un liberal del tomo y lomo de D. Alejandro. ¿Qué ha de ser ultramontano el Sr. Pidal? ¿Puede ser ultramontano quien acepta la hipócrita tolerancia de cultos, quien hace profesión ferviente de liberalismo, siquiera sea conservador, quien violenta la cátedra sagrada, insulta prelados, persigue sacerdotes, contrista el corazón de los católicos, y no sólo tolera, sino que mantiene y alienta y protege con la sanción oficial todas las heregias y todas las impiedades que en las escuelas públicas vierten á torrentes los *libros de texto* anticristianos y los *textos vivos* del racionalismo?

Esto podrá ser lo que se quiera, cualquier cosa, menos ultramontanismo, en la acepción usual y corriente de la palabra, que hoy se toma y admite como expresión de lo católico apostólico romano, puro y neto, sin transigencias ni interpolaciones liberales.

La cosa es clara, y á no negar lo evidente, es menester convenir en que las acusaciones del señor Castelar, están muy desprovistas del fundamento que presta siempre la verdad real de las cosas.

¿Pero es posible que en serio el Sr. Pidal se crea en poco ó en mucho merecedor del dictado de *ultramontano*, por lo que él dice, por lo que él alega, por lo que confiesa haber conseguido de Su Santidad? Lo dudamos, por que Dios, que es inmensamente pródigo podrá negar á algunos los grados de inteligencia que presta á otros, pero en todos pone un fondo natural de sentido común, que nos duele en el alma no conceder al Sr. Pidal.

No, el Sr. Pidal no es posible que á conciencia, con cabal conocimiento de lo que dice, se atreva á dar á entender que si algo tiene de *ultramontano* (que no es nada), lo deba á haber conseguido de León XIII la censura de la conducta de algunos Obispos, y la del Sr. Nocedal en *El Siglo Futuro*.

Esto podrá demostrar lo que ya hemos dicho, que los únicos enemigos á quienes cordialmente detesta el Sr. Pidal, son los católicos, los íntegros; esto demuestra que los únicos que estorbamos somos los carlistas, pero esto no demuestra que el Sr. Pidal sea ultramontano ni en una sola pizca.

¿Ultramontano el Sr. Pidal! ¿Y se atreve á decir que el Santísimo Padre censura Obispos y fulmina rayos contra los católicos de veras?

¿Pero ¿dónde están esas censuras?

Cuando el Ilmo. de Plasencia, con valentía cristiana y entereza evangélica mostró al pueblo fiel toda la perniciosa maldad del Estado moderno, y llamó ateos á los ateos, y liberales á los liberales, y enemigos de la Iglesia á los que son enemigos de la Iglesia; los ateos, los liberales y los enemigos de Dios, sintiéronse heridos por el báculo del venerable pastor y vigilante centinela del pueblo cristiano. Entonces no hubo horror que no se pensase, ni hipocresía que no se utilizara, ni despótica potestad que no se quisiera realizar á todo trance. ¿Y qué sucedió? Pues nada; que un día apareció en la *Gaceta* un acéfalo documento, redactado por algún meritorio y corregido por algún oficial de un departamento ministerial. ¿Y á esto se le quiere hacer pasar por *censura* pontificia?

Cuando un diario católico expuso su opinión en cierta materia y como siempre hirió en la fibra más delicada de la *mesticería manducante*, ¿qué sucedió? Pues nada; que la advertencia y el consejo fueron lo que eran, consejo y advertencia, y no *condenación* y *anatema*, como pretendieron el señor Pidal y sus amigos.... de fortuna.

Pero por otra parte; ¿no es laicismo y de lo más fulminante, la afirmación hecha por el señor Pidal en el Congreso?

¿Con que las censuras pontificias, aun cuando no sean más que en estos casos concretos, obedecen al Sr. Pidal?

¿Qué loca presunción y qué temeridad tan extraordinaria!

Tiene razón nuestro querido compañero *El Siglo Futuro*: «Todas las heregias de Castelar, todas

las blasfemias de *Las Dominicales* y *El Motín*, todas las impiedades que en las Universidades se enseñan bajo la presidencia del Sr. Pidal, aunque se junten en una, ¿pueden compararse con esta increíble, inverosímil, inconcebible insolencia del señor Ministro de Fomento?»

Ahora se convencerán amigos y adversarios, blancos y negros, tradicionalistas y liberales, de la razón que nos asiste para mirar como los mayores enemigos de la religión y de las tradiciones patrias á esos católicos liberales que tienen el loco empeño de armonizar lo que es imposible de ser concertado; ahora se verá bien claro quiénes son los verdaderos laicos. ¿Qué bien conocidos los tenía el inmortal Pío IX!

Si, es lo cierto, son peor es que las fieras de los bosques, que los monstruos que en sus delirios aborta la humanidad precita.

¿Ya lo sabemos, Sr. Pidal! Si en su mano estuviera nuestro esterminio, no pasaría el siglo XIX sin otro Diocleciano español.

¿Pues muchas gracias! Es el mayor elogio que puede hacerse de la pureza y catolicidad de nuestras doctrinas.

¡Adelante, adelante! Y para concluir. Protestamos con toda nuestra alma como católicos, como tradicionalistas y como españoles, del brutal agravio que en el Congreso ha recibido la autoridad más alta, santa y respetable de la tierra.

¿En qué quedamos? ¿Es cólera ó no es cólera el mal reinante en Peñaranda de Bracamonte? Cartas particulares, confidencias y rumores afirman la existencia del cólera en la próxima villa, mientras que cartas particulares, confidencias y rumores niegan que en Peñaranda haya existido el menor síntoma coleriforme.

¿Es posible que á tan corta distancia de la capital, los hechos se oculten, y se desfigure la verdad, y se engendre la duda y con la duda la intranquilidad y la alarma en este vecindario?

¿Nada significa todo esto, ni á nada obliga la situación presente á la autoridad de la provincia? ¿Qué es lo que se pretende?

Medios tienen las autoridades para fijar desde luego y terminantemente la certeza. Si el cólera existe, dígase francamente, y óbrese con energía y sepamos á qué atenernos. Si el cólera no existe, sepámoslo también, que derecho irrecusable tenemos á la verdad.

Un delegado facultativo visitó por orden superior la villa, y sus observaciones aún no han sido publicadas oficialmente. Esto es una informalidad como otra cualquiera, que nada dice en favor del interés y celo de aquellos que son los encargados de velar por los intereses de Salamanca.

Rogamos á quien corresponda, y en su defecto á quien quiera decirnoslo, que de una vez sin ambages y rodeos, claro y sencillamente, se diga la verdad de lo que ocurre.

Peligro grande y gravísimo es tener de vecina una epidemia, pero es mayor peligro esta duda angustiosa, que imposibilita toda acción eficaz en las medidas preventivas, puesto que tan pronto excita un celo imprudente y perjudicial, como inspira una confianza no menos perjudicial é imprudente.

Acabemos de una vez y hablemos claro.

Si pudieran tomarse en serio ciertas cosas, protestaríamos con todas las fuerzas de nuestra alma del salvajismo brutal y páfida intención que parecen inspirar los extraños rumores que han llegado hasta nosotros. A más de una y á más de dos personas hemos oído decir en ese tono misterioso que parece encubrir hondas verdades que en el convento de Dominicos de San Esteban, en esta ciudad, habían ocurrido no sabemos cuántos casos de cólera, y que los religiosos habían dado sepultura con el mayor sigilo á sus hermanos en religión. Todo, por supuesto, con el sano propósito de concitar las pasiones de los unos y los odios de los otros contra los humildes hijos de Santo Domingo, llegando la cosa hasta el extremo de echar á volar la idea de firmar una exposición colectiva pidiendo la *expulsión de los frailes*... ¡Ya que no se pueden repetir las sangrientas escenas del 33, se piensa en dar nueva muestra de los inicuos despojos llevados á acabo el 68!

¿Parece mentira!

Muy corto es el espacio de tiempo que llevan entre nosotros las comunidades de Dominicos francesa y española. Pero en tan corto período se ha podido convencer Salamanca entera, del espíritu de abnegación y sacrificio que en grado heroico poseen estos frailes.

Cuando las lluvias desbordadas anegaron algunos barrios de esta población, y en otras ocasiones las voraces llamas hicieron presa en viviendas ó almacenes, los primeros que corrieron al sitio del peligro fueron estos religiosos, trabajando sin descanso, sin mirar la condición, ni las ideas, ni el concepto público de aquel para quien trabajaban. Hicieron el bien por amor de su Dios y de su prójimo, retirándose después á sus humildes celdas sin buscar el aplauso ni pretender la recompensa.

Desde que llegaron á ésta tienen abiertas sus cátedras para todo el que quiera frecuentarlas, y no hace tanto que un fraile Dominicó cautivaba la atención del público culto salmantino con unas conferencias tan elocuentes como nutridas de verdad y de ciencia, contribuyendo así en no pequeña escala á la ilustración y buen nombre de Salamanca.

Y no hace tampoco muchos días, que estas calumniadas comunidades se ofrecieron desinteresadamente á nuestras autoridades para velar, asistir y socorrer á los coléricos, si era llegada la ocasión de utilizar sus servicios y ofrecimientos.

¿Y aún hay gentes que manchen con su asquerosa baba la fama de estos ilustres religiosos? Para los hombres honrados no puede existir crimen más execrable que el de la *ingratitude*.

Chismografía política.

Parecíanos que *diseurso* viene de *discurrir*.

Y discurrir supone el pensar.

Pero de hoy en adelante hemos de modificar este nuestro parecer, tratándose de liberales.

¿Quién se atrevería á decir otro tanto, después de los *discursos* que se han *ahullado* en el Congreso?

Casi, casi, estamos por darle la razón (y cuidado que es dar!) al famoso articulista de *Antropología zoológica*.

Lo que es motivos no nos faltan.

Y sino, prueba el canto.

Y plena y robusta y de testimonio irrecusable. Como que nos la suministran, ¿quién dirán ustedes?

Pues... un *ruiseñor* posiblero y un legendario mestizo de mestizas barbas *guerrero-teológicas*.

Y por si hicieran falta un *sobrino desu tío*, y el *mónstruo malagueño*, y el Sr. Labra, que es una hormiguita para su casa.... quiérese decir para sus ideales (¡ahora todo es muy *ideal*!) autonomistas.

Piano piano si vá lontano.

O lo que es igual, vamos despacio, que nadie nos corre, y no por esto hemos de dejar incompleta la narración de estas hazañas del Parlamento.

Atención.

El orador príncipe de la tribuna, empieza á estirar el cuello, poner los ojos en blanco, manosear las solapas y dar cruenta tortura á los puños de la camisa. (Espectación en la Cámara)

Abre la boca... y nada! Es una flema inoportuna.

Ahora vá de veras.

EL SR. CASTELAR: Pues el Sr. Castelar, como el paraguero del cuento, dió comienzo á su oración, diciendo que *veía peligros*, que iba á llover y que el que no comprara paraguas se calaba hasta los huesos.

¿Qué manera de pregonar la mercancía!

Por que en rigor *eso* de república gubernamental, es un paraguas político, muy parecido á los que ahora se usan en sustitución de aquellos de *familia*.

Que sólo sirven para mojarse.... dando dinero encima.

Habló después S. S. de las restauraciones francesas é inglesas, de Jacobo II y Carlos X; del Papa, de la Iglesia, que él la quiere hecha un terrón de azúcar para todas las heregías, incluso las suyas, de la Monarquía y de la Democracia; de Isabel la Católica y de Felipe II; de la naturaleza maravillosa, del cosmos rutilante.... en fin, de la mar!

De seguro dirían los rurales para sus *actas* decorativas: *Este tío si que sabe!*

¡Oh!

La ocurrencia peregrina del Sr. Castelar fué llamar ultramontano á...

¿A Sagasta?—Cá

¿A Martos, á Salmerón?—Tampoco.

¿A Pí, á Zorrilla, á los de la *mano negra*?

Ca, hombre, ca, á... Pidal.

¡Qué barbaridad!

Decía un chico á otro, más largo que la voluntad del Señor, y más bobo que la misma *sasez*:

—¡Quitate de ahí, zagalón, que no te deja *erecer la picardía!*

Este golpe habilidoso, paró los golpes del señor Pidal.

El Ministro iba dispuesto á *chillar* más que el pito de una locomotora.

¿Pero quién no se rinde á tanta terneza?

D. Alejandro, como esos *mascarones de proa con faldas*, que cuando ven á un hombre se ponen serias, por esperar un *Jesús, qué fea*, estaba más arisco que gato montés.

Pero como ellas, en cuanto oyó el reguiebro, bajó los ojos, menudeó los pasos y dijo entre dientes y con mucha monería.

¡Me lo dice V. de guasa!

Toda la hiel se le convirtió al Sr. Pidal en puras mieles.

Más dulces que las más legítimas de la Alcarria.

Y no tuvo para el *rudo ataque* del cantor del Parlamento, más que estas *aceradas palabras*:

—¿Me llama V. ultramontano porque he conseguido que censuren á los Obispos y al Sr. Nocedal?

¡Hombre, por Dios, V. no se ha mirado al espejo!

El Sr. López Domínguez, general *retocado* y *retocable* de los ejércitos, echó también su espada al cuarto.

Para decir con el personaje de comedia.

Aquí estoy yo.

Y no mentía su señoría.

¡Yo mas nudo.... ni el absoluto de Fichte!

El distinguido general se va quedando como el gallo de Morón: cacareando y sin plumas.

Un día de gala va á ser un conflicto para el Sr. López Domínguez.

Porque no va á encontrar ni una para su plumero.

¡Y eso que es *llorón!*

El hombre se mira en el último de los partidos turnables...

Y para un militar bizarro nada hay tan sentido como la situación de cuartel.

¡Pero ya tiene para rato!

El Sr. Cánovas le dijo que le *recomendaría*.

Por que aquí era preciso recomendarse unos á otros.

Por si no lo sabíamos.

¡Pero cualquiera fía en las recomendaciones de un *paisano!*

Dieron la última vuelta en el *cotillón* parlamentario la aplaudida pareja Labra-Romero.

Que se presentó como de ordinario, con falda corta y escote bajo.

Y tanto, que el primero asomó á la curiosidad el *gorro frigio*, mientras el segundo señalaba á todas las miradas el *microbio* del Gobierno.

Para el Señor Labra, todos los poderes de la nación se hundían estrepitosamente, y tan sólo el *poder real* surge con vida en medio de tantas ruinas.

Pero no tenga cuidado el Sr. Labra, que en países constitucionales el *Rey reina, pero no gobierna*.

Esto es dogma.

¡Y así anda ello!

Si no, que lo diga el Sr. D. Francisco.

Como fin de fiesta se anuncian los *beneficios* de los Sres. Portuondo, Sagasta y Cá-no-vas.

¡Pero señor! ¿Cuándo vendrá un Augusto que cierre el *templo nacional?*

Siquiera por toda la eternidad.

Revista exterior.

El nuevo Gabinete inglés se dispone á reivindicar los *derechos* de la Gran Bretaña en Egipto, es decir, vuelve á enredar la madeja, y abrir en el Vireinato una nueva era de dificultades, embrollos y brutalidades guerreras y diplomáticas. Salisbury, noble lord, que dibujan y pintan los periódicos liberales con todos los rasgos y colores del feudalismo anacrónico é intransigente, inaugura una política abiertamente

contraria á las indecisiones y timideces de Gladstone, y dejará en herencia al Ministerio liberal que le suceda la hostilidad de Francia, la tibieza y enemistad de Alemania, y el odio recrudescido de Rusia. Y lo grave es que la situación conservadora no está llamada á larga y robusta vida, porque la reciente ley de distritos electorales da un nuevo golpe á la Constitución tradicional de Inglaterra, y aumenta el contingente de los electores liberales. De la división más social y orgánica de distritos, ya nada queda, y el sentido individualista y liberal que inició el bill de Reforma de 1832, lo consuma la novísima disposición, tan combatida por los torys, y con la cual tienen los liberales franca, fácil y expedita la vuelta al poder. Si á esto se añaden las divisiones intestinas del partido conservador, en el que Salisbury representa la perpétua disidencia y Churchill la perfecta ortodoxia, se explican fácilmente los temores que los discretos y prevenidos abrigan respecto á la vida y consistencia del actual Ministerio.

Los republicanos franceses citan y emplazan á los generales ingleses ante los tribunales de Inglaterra por la bárbara proscripción de Olivier Pain. ¡Qué inocentes! Poner á precio la cabeza de los que estorban es derecho consuetudinario en la nobilísima Albión.

Las memorias de Gordón no dejan bien parados á Gladstone y los suyos; y hay quien opina que las revelaciones que en ellas hace el malogrado y valeroso aventurero, perjudicarán notablemente á los liberales en el concepto y juicio de la opinión pública. ¡Bah! Para privar con esta señora no hay mejor manera que decir y hacer majaderías é indignidades, teniendo cuidado de aderezarlas con patrioterías é himnos populacheros á la libertad.

Luis Felipe II, el Cuco, pierde, como no podía menos, terreno en la estimación y amor de los legitimistas franceses; y un grupo selecto de ellos acudido por el invicto Cathelineau, toma partido por el augusto padre de Don Carlos. Es natural: muerto el Rey Enrique V, es al tenor de las leyes francesas, como de los tratados internacionales, preferente el derecho de la rama española.

El Ministro de Gracia y Justicia francés recomienda á los Obispos la más estricta neutralidad en las próximas elecciones. Imbecilidad y desvergüenza se llama esta figura.

Paul y Angulo está en Europa, y en París, y ha vivido ¡horror! un mes en España, oculto por un perfecto disfraz. En las conferencias del exatriado con un redactor de *Le Evenement*, explica sus disidencias con el general Prim (¡qué eufemismo!) porque dicho difunto caudillo sólo quería la libertad para sí. Claro: como todos los liberales; la libertad para ellos, y para los demás la tranca. Dice además que ha venido para dar conexión á las fuerzas de los republicanos; pero en esto pierde lastimosamente tiempo y trabajo, porque según *Le Soleil* y *Le Figaro*, el nuevo rasgo cívico de Don Alfonso dará mayor firmeza á su trono que todas las combinaciones parlamentarias. Los demás periódicos liberales del extranjero no vienen menos entusiasmados y fervientes, y están de acuerdo en colocar la excursión del jefe del Estado entre las más culminantes hazañas de los héroes antiguos y modernos. Todo lo cual está muy bien; pero ¿no hay siquiera una hojilla de laurel para Páco Silvela, que también visitó el hospital de coléricos; ni para Ezequiel Ordóñez, que hizo lo propio; ni para el honorable Raimundo Villaverde, que trocó apresuradamente el lecho del dolor para sumergirse un ratito en la envenenada atmósfera de Aranjuez? También hay que tirar de la cuerda para estos beneméritos funcionarios. Por supuesto, que de la heroica conducta del Obispo de Murcia, que pasa no ratos sino días y noches entre los apestados, no tienen los liberales una palabra de elogio ni el más ligero indicio de simpatía. Son así; y si fueran de otra manera, no serían liberales.

Gacetillas.

En los días 12 al 19 inclusive del actual se llevará á cabo la inspección, comprobación y contrastación de pesas y medidas en los pueblos del partido judicial de Ciudad-Rodrigo.

No ha sido admitida la dimisión presentada por el Alcalde del Ayuntamiento de esta capital.

El P. Cámara pasará en Bilbao una corta temporada antes de tomar posesión de esta diócesis.

Los farmacéuticos de Ciudad-Rodrigo se han ofrecido á practicar las desinfecciones necesarias en aquella ciudad, ofrecimiento que el Municipio ha aceptado con gratitud.

Una de las hermanas de la Caridad que con vehemente solicitud se ofrecieron al Gobernador de Madrid para regentar las boticas de Aranjuez, es Sor Josefa Marcos, natural de Espino de la Orbada, de esta provincia.

En la venerable órden 3.^a del Carmen se preparan grandes fiestas para celebrar la festividad de la Virgen, que consisten en lo siguiente:

Todos los días de la Novena, que principia el día 7 de los corrientes, se dirán en la capilla de la misma, misas rezadas á distintas horas de la mañana, y la mayor á las ocho, que tendrá lugar con S. D. M. manifiesto, con reserva y lectura de la Novena al concluir. A las diez y media de la mañana del día 16 tendrá lugar la festividad, con misa solemne y sermón.

Se ha dispuesto como medida preventiva para acreditar la procedencia de los viajeros, que éstos traigan sus cédulas personales; los que no vengan provistos de ellas y no puedan acreditar su procedencia, ó los que intentaren engañar á la autoridad con cédulas supuestas, serán conducidos á los Mostenses, donde permanecerán de tres á siete días en observación.

Una preciosa confesión de *La Iberia*: «Todos los seres débiles abusan de la voz.» Los liberales hablan mucho, mucho, mucho, en los debates todos, con que á confesión de parte, revelación de prueba.

Poco á poco nos van dando la razón los liberales.

La empresa de Consumos de esta capital se ha acercado á nuestra redacción manifestando que desde el día 8 del corriente se realiza con toda regularidad la recaudación del impuesto, habiéndose logrado armonizar los intereses de todos.

Cortésmente no podemos desatender este ruego, y queda complacida la empresa.

Dice un colega:

«Los periódicos de todos matices hacen elogios de la conducta de los Prelados, del clero y de las Hermanas de la Caridad; pero pocos refieren el hecho de haber huido miserablemente 190 espíritus fuertes de los 200 sectarios que componen la logia masónica de Murcia. ¿Para cuándo guardarían su beneficencia y su humanitarismo esos desdichados?»

Variedades.

EL CLERÓFOBO

¿Le conocen Vds?

¿Conocen Vds. á esa figura estrambótica y atraviliaria, que doquier que se halle busca ansioso, entre todas las conversaciones, el modo de manchar con su asquerosa baba la fama del Sacerdote católico?

¿No le han visto saltar de asunto en asunto, faltando á todas las consideraciones, hasta tropezar con su conversación favorita, y ya en ella arrojarle sobre su víctima, y no cejar hasta hincar el diente en la epidermis de aquélla?

Ya lo creo que la habrán visto.

Pues poquito que abunda la tal escuela.

Por cierto que el ver á esas *caritativas* personas ocupadas en tan benéfica ó *venéfica* tarea, me causa el mismo efecto que el ver á un individuo de la raza canina buscar hambriento el pedazo de carne, que acalle algún tanto su hambre devoradora.

Y por cierto, también, que esos perros suelen encontrarse, por su desgracia, con alguna formidable escoba tremolada por el robusto brazo de tal cual individuo de la limpieza pública, que suele hacer que se le atragante la comidilla con tantos sudores encontrada; ni más ni menos que lo que suele suceder á los cleróforos, que se quedan con la palabra en los labios por obra y gracia de las lecciones en tanto bruscas, que acostumbra propinarles las personas sensatas.

Sin que estas lecciones puedan en ningún caso enmendarlos.

De ningún modo.

Su manía, su enfermedad, la tienen debajo del pelo, y para estas enfermedades sólo existe un remedio, que no siempre es eficaz.

El manicomio

Lo más que se puede conseguir con aquellas lecciones es que el viperino conozca á los propinantes, y huya de ellos por temor á que se repitan aquéllas.

Sin perjuicio de añadir el nombre de aquellas personas á la lista interminable de sus víctimas, procurando por todos los medios posibles vengarse del sofocón que le causó.

Por lo general tratándose de un seglar, el cleróforo emplea para denigrarle este contundente calificativo.

«Es un jesuita.»

Frase en la que se condensa, según su necio sentir, todo lo más artero y despreciable que se puede imaginar.

Y ¡hay del que en esta ocasión se atreva á contradecirle!

Su venganza no se hará esperar.

Venganza terrible y horripilante, capaz de infundir pavor al más barbián de los legendarios doce pares de Francia.

En lo sucesivo le calificará también de.... jesuita.

Es el supremo é inapelable calificativo.

¡Oh poder de los desperfectos de la cabeza!

¡A qué extremos conduce el discurrir de algunas testas destornilladas!

¿Pensarán acaso los *ocurrentes* cleróforos que podrá dañarnos el que nos apelliden jesuitas?

Pues ya están frescos.

Al llamarnos jesuitas creo yo que querrán decir, si es que quieren decir algo, que seguimos y practicamos las máximas jesuíticas, ó sean las más puras y nobles máximas que puede practicar el hombre.

Siendo esto así, ¿qué mayor gloria para nosotros que nos califiquen de tal modo?

¡Pobrecitos é ilustradísimos cleróforos, cuán mal miden las *punzantes* palabras que nos dirigen!

Piensen mortificarnos con epítetos denigrantes, y nos adulan.

Sin querer, por supuesto.

Los compadezco con todo mi corazón.

Hay que advertir que estos pertenecen á la clase de cleróforos francos y de fórmulas invariables en su conversación, no sé si por sistema ó porque no alcance para más lujo la materia prima.

Defiende noblemente un individuo sus ideas, contrarias á las de aquéllos.

Su invariable contestación será la frase sacramental de: «no estamos conformes.»

Ensalza otro las excelencias de nuestra sacrosanta religión, respuesta al canto: «Todo eso es una farsa.»

Se encomia un acto heroico de un Sacerdote, pues la respuesta no se hará esperar: «Hipocresía pura.»

¿Por qué? Se le preguntará en cualquiera de estos casos.

Pues, porque sí; precisamente por lo mismo que es brava la española infantería.

Se pretende hacerles alguna observación juiciosa, ¡bah! tiempo perdido: «Estáis embaídos en las ideas jesuíticas,» dicen, y toman el olivo ó mudan de conversación.

Con este sistema, se consideran más seguros que un buque acorazado.

Con ser éstos los más francos, no son los peores.

Hay otra raza más mirada en el decir, y más *benigna* en el murmurar.

Hasta se dan ocasiones en que defienden al clero, y alardean de ser sus amigos.

Parecidos á los de Benito.

Vierte uno en su presencia cuantas injurias y calumnias ha amontonado la impiedad contra la respetable clase sacerdotal, y ahí están los mansos y benignísimos cleróforos, defendiendo con calor y entusiasmo á los calumniados, sin negar jamás la verdad de la calumnia, sino buscando disculpas al supuesto proceder del Sacerdote ó Sacerdotes, con lo que reconoce la verdad de las falsas imputaciones.

Empieza un botarate á despotricar contra el clero, inventando mil paparruchas estúpidas é inverosímiles, con lo que quiere probar su relajación, y allí está nuestro hombre parando los pies al murmurador, diciendo: «que *aunque desgraciadamente aquellos hechos son ciertos*, no por eso debe censurarse tan duramente á sus autores, porque al fin son hombres, y como tales sujetos á mil fragilidades, etc., etc.»

Se habla de supuestos abusos cometidos por un Sacerdote en el ministerio de su cargo, y le disculpa diciendo: «que es una cosa propia *del oficio*, y que no se le dede criticar por eso, puesto que se ve precisado á hacerlo, por más que á su conciencia le repugnasen actos de lo cual está él bien seguro.»

Las almas cándidas que asisten á estas edificantes conversaciones, por más pertrechadas que estén contra imposturas y maledicencias, no pueden menos de tragar el anzuelo y creer cuantas mentiras oigan contar acerca de los Sacerdotes, puesto que fulano que con tanto valor los defendía no pudo negar aquellos hechos.

Como se ve, estas dos razas por decirlo así, de cleróforos, coinciden en la intención, pero no en la forma.

Partidarios del sistema del Voltaire, «calumnia

que algo queda», y secuaces de la opinión de Gambetta «el clericalismo, ese es el enemigo» han tomado diferente camino, pero se dirigen á un mismo término; á la destrucción de la religión católica, desprestigiando antes á sus ministros.

Y la misma diferencia de cleróforos que hay en las conversaciones públicas ó privadas, existe cuando se dedican á emitir sus ideas en la prensa.

Que es otro medio de difamación (para ellos) de más seguros y formidables efectos que la palabra, y por consiguiente más perverso.

Sin que por esto se entienda que yo diga mal de la prensa, que puede ser, y es, en ocasiones, causa de grandes bienes.

Aunque en otras sea peor que una nutrida legión de demonios.

Es decir que es buena *per se*.

Y mala *per accidens*.

Este distingo le he aprendido de ciertos católicos excelsos, que suelen emplearle como supremo parapeto para tapar ciertas acciones de las que debieran avergonzarse.

Aunque en este caso no sé si les agrada tal distingo.

Porque ni *per se* ni *per accidens* creo yo que tiene disculpa la parte de la prensa que vomita artículos y sueltos, que debieran estar atados (los autores y los sueltos) como los que ven la luz en *El Motín*, *Las Dominicales*, el *Verán Ustedes*, etcétera, etc.

Digo, á mí me parecen vituperables, pero no lo parecerán así (puesto que tiene medios de evitarlo y no lo hace) á aquella piedra errática que bajó rodando desde la cumbre de no sé qué montaña hasta la llanura del presupuesto, no cesando de dar tumbos hasta llegar á la misma mesa del desdichado cantor de la no menos desdichada Elisa.

Por cierto que sobre la tal piedra, ó mucho me equivoco ó se han de romper los platos de Cánovas y demás corifeos de la conservaduría liberal.

Rompiéndose al mismo tiempo la piedra, por supuesto.

Mal tiempo se les presenta, á juzgar por ciertos augurios.

Hasta se ha eclipsado un poco el sol... de Antequera, y con esto está oscuro y huele á crisis.

Y mirando, mirando, ¡digo si se ven venir cosas!

Lo cual que ya tardan.

Saldremos de Scila y tropezaremos en Caribdis, eso sí; pero tras del temporal viene la calma, y ya encontraremos seguro puerto.

Por de pronto, que Dios nos libre de conservadores y del cólera, que se pasea por las fértiles riberas del Júcar, disfrazado con el nombre de «enfermedad sospechosa.»

Vamos, que viaja de incógnito.

Como suelen viajar los personajes de alguna categoría.

Sin que puedan detenerle (al cólera) en su camino los acordonamientos, inoculaciones y otros preservativos más ó menos hipotéticos.

Pero afortunadamente creo que no hará grandes estragos.

Al menos mientras manden los conservadores. Baza mayor quita otra menor.

¿Qué plaga podrá levantar el grito donde se halle Cánovas del Castillo?

¿Y qué microbios podrán resistir la competencia de los húsares y mestizos que pueblan todos los ámbitos de la España presupuestívora?

¡Bah! ¡bah! En cuanto Romero le enseñe los dientes, se queda el cólera más chico que una lenteja.

Y ni la coalición de naves cubo le dá vida.

Y ahora que me acuerdo ¿Quién me ha mandado á mí meterme en estos dibujos?

Empecé á hablar de los cleróforos, é insensiblemente me he pasado á pintar el cólera y los conservadores.

De plaga en plaga.

Y la cuestión está en que he abusado bastante de la paciencia de los lectores de *La Verdad*.

Y casi, casi que de la mía.

Para decir nada ó muy poca cosa.

Y antes de cansar más concluyo diciendo:

El cleróforo es una de las plagas más asquerosas que azotan á la humanidad.

Se alimenta de la calumnia y vive del escándalo.

Y de la tontería de sus oyentes ó lectores.—P.

(De *La Verdad*.)

SALAMANCA.

IMP. Y LIB. DE JACINTO HIDALGO, ANTES DE CEREZO.
Calle de la Rúa, número 12.